

CAPÍTULO VII

LA DESCRIPCIÓN DE LAS FIESTAS

I. LAS FIESTAS DE LOS SANTOS PATRONOS

Aun cuando hay algunas variantes entre las fiestas de los santos patronos, la estructura general puede describirse en la forma siguiente:

- Cuarto día antes de la fiesta

Temprano por la mañana, el *sbah bankilal* (primer capitán hermano mayor), acompañado por los demás capitanes, el oficial, los *otselemats'winik* (maestros de ceremonias) y sus respectivas esposas, recitan en la iglesia una plegaria: piden al cielo ayuda para cumplir con los deberes de su cargo, que reinen la unión y el gozo de todos los participantes y asistentes, que sea suficiente el alimento para la fiesta, y que haya buen tiempo.

Antes de iniciar la oración, cada capitán enciende dos cirios ante cada santo patrono y, si al terminar de orar aún no se han consumido las velas, salen fuera de la iglesia y esperan allí el tiempo necesario. Luego, todos se van a su casa para regresar al día siguiente.

Notemos que casi siempre acude el padre Nacho a las fiestas, y celebra misa; hacia el final de ella tiene lugar el rezo de los capitanes.

- Tercer día

Al igual que el día anterior, los capitanes recitan su oración y, al terminarla, todos se dirigen al son de la música a casa del *sbah bankilal*.



Lámina v

Baile de los capitanes

Llegados a ella, cada uno saluda al dueño de la casa, aun si este se hallaba presente en la iglesia: ¡*Talón me ka!* –¡Ya llegué, jefe!–; saludan también a todas las personas presentes, usando los términos adecuados: compadre, hermano, tío, tía, etc., o simplemente *ermano* si no tienen ninguna relación especial con él. Tal rito hay que efectuarlo cada vez que se entra en una casa. La respuesta al saludo es: ¡*La, me ka! Kuxawo'tanik, ka!* –¡Ven, jefe! ¡Descansa, jefe!– (o el término apelativo de cada uno).

Todo el mundo se sienta alrededor del cuarto, y charlan o permanecen en silencio. En seguida se inicia la música y danzan los capitanes, acompañados por los *alkaletik* y por los visitantes que deseen bailar. Para abrir la ceremonia, cada uno de los capitanes ha interpelado antes a cada uno de los *musikeros*: “¡Cumple tu oficio, jefe!, o bien: ¡por favor, jefe, da principio a la fiesta!”.

La danza es tradicional y muy sencilla (lám. IV, 13). Dura generalmente de 10 a 12 minutos, y al terminar, cada capitán da las gracias nuevamente a cada *musikero*: “¡Descansa, jefe!, o ¡Gracias, jefe!”.

Siempre se emplean estas fórmulas al comenzar y al terminar el baile. Hay que notar que cuando se ofrecen cigarros o bebidas a los danzantes, estos deben interrumpir el baile para tomarlos; los *musikeros* suspenderán la música por pares: tambor-flauta, o mandolina-guitarra. ¡La cortesía es mucho más importante que todo lo demás!

En seguida, cada *alkal* obsequia a la concurrencia una botella de *chilha'*, que el *opisal* ofrece personalmente a cada uno de los asistentes: “¡He aquí el regalo de los *alkaletik!* (o bien, según el caso: ¡He aquí el regalo de los capitanes!) –¡Helo ahí!–”, responde el interpelado.

El *opisal* entrega la botella a uno de los participantes para que la sirva: “¿Puedes servirnos el *chilha'* a fin de que lo bebamos? –¡Puedo!–”.¹⁶

Al escuchar su respuesta, el *opisal* le escancia un vasito de *chilha'* y le dice: “¡*Uch'a chilha'*! –¡Bebe el agua sabrosa!–, o bien, ¿*Awo'tan?* –¿Quieres?–, a lo que el interpelado responde: ¡*Ma'xkil!* –¡No sé!–, o ¡*Ixkilitik!* –¡Veamos! o ¡*Vamos a ver!*–”.*

No es obligatorio beber el *chilha'*, sino que se puede decir: “¡*Ya xk'axon!* –¡Paso!”–. Antiguamente, cuando en vez de *chilha'* se servía trago o aguardiente, la persona que ya no quería beber tomaba el vaso y vertía su contenido en una botella que traía consigo para esto. Más tarde, podía llevársela a su casa, o bien obsequiarla de nuevo a los asistentes.

Volvamos a la fiesta. Una vez que ha bebido el escanciador, devuelve el vaso al *opisal* diciéndole: “¡*Ijin!* –¡Toma! o ¡He aquí!–, o bien, ¡*Ilawil!* –¡Mira!–”. Hecho esto sirve de beber al *opisal*, y después al resto de los asistentes, empleando siempre las mismas fórmulas prescritas por la etiqueta.

Terminada la botella, el que la escanció la devuelve al *opisal*: “¡*Ijin te alimete!* –¡Aquí está tu botella!–”. El *opisal* toma otra botella y la ofrece nuevamente a los participantes: “¡*Ay to te jmajtantik yu'un te alkaletik!* –¡Todavía dura el regalo que los *alkaletik* nos hicieron!–”. Elige en seguida a otro escanciador y efectúa los mismos ritos que antes. Al vaciarse la última botella, el *opisal* se dirige nuevamente

* Esta forma de responder es usual entre los tseltales, pues nunca debe parecer que alguien está ansioso de recibir algo. La misma fórmula se emplea cuando uno pide a otro un servicio: el interpelado no debe mostrarse pronto a prestarlo, y así, responderá en primer lugar: *Ma'xkil teme ya xhu'ku'un* –¡No sé si pueda!–. El otro entonces vuelve a insistir y aquel a quien se pide el servicio generalmente accede.

a cada uno de los participantes: “¡*Laj te jmahtantik yu’un te alkaetik!* –¡Se ha terminado nuestro regalo que nos dieron los *alkaetik!*–. ¡*Laj* –¡Se ha terminado!–”, responde cada uno al ser interpelado.

a) *Ablución de las manos*

Mientras los circunstantes beben el *chilha’*, circula una calabaza –*jay*– llena de agua (lám. XIV, 2), para que cada uno se lave las manos, y la pase al siguiente: “*Poka ak’ab!* –¡Lava tus manos!–. ¡*Hich!* –¡Sí!”.

Se hace también circular una servilleta: “¡*Ich’a pak!*, o bien ¡*Kusak’ ab!* –¡Toma la servilleta! o ¡*Seca tus manos!*”.

Luego habrá que enjuagarse la boca antes de comer: “¡*Suka awe!* –¡Enjuágate la boca!”.

Estos ritos son de rigor cada vez que se come, no únicamente durante las fiestas, sino también en la vida ordinaria.

Se hacen circular dos calabazas llenas de atole, y cada uno bebe un trago y la pasa al siguiente: “¡*Uch’a ala mats!* –¡Bebe un poquito de *mats!*–”. Las calabazas continúan circulando hasta que se vacían.

Mientras tanto, una mujer pasa ofreciendo en un calabacito el *chabulich’*, bebida hecha con agua caliente y azucarada, a la que se añaden pimienta y chile: “¡*Uch’a chabulich’!* –¡Bebe el *chabulich’!*–”. La respuesta es siempre: “¡*kol!* –¡sí!”., ya que nunca se puede rehusar lo que ofrece una mujer. Después del *chabulich’*, circula un jarro con agua para que todos se enjuaguen la boca. Los que sirven a la mesa (cubierta con un mantel de fiesta), colocan sobre ella pequeñas escudillas de barro llenas de frijoles, y también tazas de café. El *opisal* y el *otselemats’winik* designan a cada uno el sitio que debe ocupar. A veces esta operación tarda aun un cuarto de hora. Esto, y la costumbre de no comenzar nunca antes de que se haya servido a todos, hace que, con mucha frecuencia, el alimento se enfríe; pero, para los indios, eso no tiene importancia. ¡Sería mucho más grave preterir, aun involuntariamente, a alguno de los invitados!



El *otselemats’winik* anuncia entonces al *opisal*: “¡*Chahpambilix swe’el yuch’el!* –¡Están listas la comida y la bebida!”.

Entonces el *opisal* dice a los asistentes: “¡*Ochanik!* –¡Empiecen!–”. Hecho esto bendice los alimentos. Si el sacerdote se halla presente, se le pedirá que él lo haga.

Durante las comidas ceremoniales se come siempre de pie, pero puede uno sentarse para beber el café.

Los *tsetales* no emplean cubiertos, sino que usan tortillas. ¡Otra razón más para lavarse las manos!

Cada uno de los invitados, al terminar de comer, dice a cada uno de los presentes: “¡*Tik'onix ah!* ¡*Lek ayon!* ¡*Ijin che ka!* –¡Estoy satisfecho! ¡Estoy bien! ¡Así es, jefe!–” (o compadre, etc.). En seguida se lava las manos, y se sienta.

Cuando todos han terminado de comer, se sirve la última botella de *chilha'*, que el *sbah bankilal* (primer hermano mayor) ofrece en su casa, y se baila en agradecimiento al santo patrono por el alimento que se ha recibido de él. La comitiva se dirige entonces a la casa del *schebal bankilal* (segundo hermano mayor); después a la del *sbah yihts'inal* (primer hermano menor) y, finalmente, a la del *xuht'ul yihts'inal* (benjamín). En cada casa se repiten las mismas ceremonias, y el ritual termina hacia el alba, alrededor de la 1.30 de la mañana.

Es conveniente aclarar que nadie está obligado a comerse todo el alimento que se le sirve, sino que puede dejarlo en el plato; estos restos los comerán después la gente de la casa. Con todo, es más conforme a la etiqueta comer al menos un poco en cada una de las casas de los capitanes.

El fin específico del ritual de este día es posibilitar que los oficiales observen si todo está preparado y en orden para la celebración ulterior de la fiesta. Este ritual recibe el nombre de *ya xbehen te k'ayob* –camina el tambor.

Terminada la visita de la última casa, cada uno regresa a su hogar. Naturalmente, hay una fórmula, tanto para despedirse como para pasar de una casa a la otra: “¡Hemos terminado ya, jefe!, ¡hemos terminado!, ¡vamos a buscar nuestro camino!, ¡ahora podemos ya salir para irnos!”.

Estas palabras las pronuncia el oficial, y cada uno de los circunstantes dirá a los demás: “¡*Konik ka!* –¡Vamos, jefe!–”. Si se trata de los habitantes de la casa, se les dirá: “¡*Bohkonix!*” –¡Ya me voy!–”. Al despedirse del dueño de la casa: “¡*Lisensia ka!* –¡Con tu licencia, jefe!”.

• Segundo día

A las seis de la mañana tiene lugar la oración de los capitanes (que encienden sus cirios). Inmediatamente después se distribuye *chilha'* en la puerta de la iglesia y se

toca música, a cuyo son la comitiva se encamina hacia la casa del capitán primero, ante cuya puerta se pronuncia el *pat'o'tan* entre los capitanes primero y segundo. El dueño de la casa se halla dentro; el otro, fuera.

El *opisal* y el *otselemats'winik* sustituyen a los capitanes en el saludo, si estos no saben recitarlo. El *pat'o'tan* es un saludo fraterno entre dos jefes de la comunidad; en él se habla acerca de los deberes de los capitanes y de la unión fraterna que debe reinar entre todos los participantes en la fiesta; se alaba al santo patrono que tuvo a bien protegerlos a todos para que desempeñaran debidamente su cargo a lo largo de todo el año. Los capitanes insisten en el hecho de que han desempeñado bien su oficio en honor del santo, y de que pagaron sus limosnas mensuales (cirios), conforme lo exige la tradición.

El *pat'o'tan* es un diálogo impropriadamente dicho: hay dos “interlocutores”, uno que dirige y otro que responde comentando lo que oye; pero uno y otro hablan al mismo tiempo, sin esperar a que su interlocutor haya terminado. Hacia la mitad del saludo, el que lo dirigía se convierte en comentarista, y viceversa.

Se mantiene informado al pueblo del desarrollo de la fiesta mediante cohetes. Así, al iniciarse el *pat'o'tan* se lanza un cohete, otro al cambiar de dirigente, y otro al final.

Siempre que termina un *pat'o'tan*, todos los asistentes se saludan de mano unos a otros, diciendo: “¡Buenos días! o ¡Buenas tardes!”. Enseguida entran a la casa, donde se distribuyen cigarros y *chilha'* (cada uno de los capitanes obsequia cuatro botellas), mientras se efectúa una nueva danza, siempre al son de la música.

Hay que indicar que, con excepción de algunas variantes, el esquema del *pat'o'tan* es semejante al de la oración de los capitanes, solo que en esta a quien se interpela es al santo patrono.

Como es día de ayuno, el único alimento que se sirve a esas horas es *chilim* (bebida hecha de pinole mezclado con agua) en un pequeño calabazo –*koko bohch*– (lám. XIV, 1) tapado con una tortillita cuadrada (*mantekatulwaj*), de masa, manteca de cerdo y panela o piloncillo, y que mide alrededor de 5 cm de lado, y medio cm de grueso. Todo está cubierto con una servilletita, como es de rigor cuando se transportan alimentos.

Cuando se ha terminado de beber el *chilim*, el *opisal* pregunta a cada uno: “¿Quieres más? –La respuesta ritual es: ¡No, ya estoy satisfecho!–”. Agrega entonces el *opisal*: “¡Buscaremos a alguien que lleve el *chilim* a tu casa!”.¹⁷ De esto se encargan mujeres y muchachas.

Lo mismo sucederá con los demás platillos de la comida: se enviarán a casa de cada uno de los concurrentes. Con ello se acentúa el sentido de participación frater-

na. En efecto, es de notar que cada uno de los capitanes podría consumir en su casa y con su familia los platillos que envían a las otras casas, puesto que en cada casa son los mismos. Pero tal gesto hace resaltar mejor la participación y el sentido del “don recíproco”.

La fiesta prosigue en las casas de los otros tres capitanes, donde se efectúan las mismas ceremonias, que se terminan hacia las dos de la tarde.

b) *Las banderas de los capitanes*

La comitiva se dirige hacia la casa del *sbah* (primer) *alkal*, donde uno de los capitanes ofrecerá a la concurrencia dos botellas de *chilha*’ obsequiadas por aquel.

Los capitanes primero y segundo, así como también los oficiales se lavan las manos; después el *alkal* primero abre un baúl, y los capitanes sacan de allí, con gran respeto, cuatro banderas rojas (de forma rectangular –1 m x 60 cm–, con franjas doradas en sus bordes).

Los capitanes toman sucesivamente cada una de ellas por los extremos, y la sostienen unos momentos sobre el *chik o’pom* o incensario, primero de un lado, y luego del otro. La incensación tiene dos fines: venerar las banderas, y preservarlas de la polilla (más tarde se hará lo mismo antes de volver a guardarlas).

Terminada la ceremonia, se atan las banderas a sus astas de carrizo, en cuyo extremo superior se encaja una cruz de madera. El astabandera y la cruz de los capitanes primero y segundo son algo mayores que las de los otros dos. La ceremonia dura alrededor de una hora al son de la música; y durante ella se sirve *chilha*’. Al terminar, los capitanes primero y segundo se dirigen al *opisal* y le dicen: “¡*Chahpalix te bandera!* –¡Están listas las banderas!”.

Hacia las tres de la tarde, la comitiva, con las banderas ondeando al viento, se pone en marcha hacia la iglesia, mientras los músicos tocan sones muy alegres. El *alkal* primero abre la marcha, y le siguen el par tambor-flauta, los capitanes, el par mandolina-guitarra, y el *alkal* segundo.

Cuando el grupo se acerca al templo, empieza a repicar la campana. Los capitanes van hacia el fondo de la iglesia, colocan dos banderas en cada ángulo; luego, a una con los *alkaletik*, se santiguan y oran brevemente a media iglesia. La música toca unos instantes y luego todos salen a charlar y descansar. Ya es tarde y toda la gente tiene hambre, pues es día de ayuno.



Lámina VI Los capitanes abanderados

Tiene lugar, entonces, en casa del capitán primero, la cena, precedida por una danza de los capitanes. Se sirve carne de puerco en caldo de chile, acompañada de tortillas especiales (*pahtswaj*).

c) *Ch'ul santa maitines* –santos maitines

A las 7.25 p. m. se reúnen en la iglesia, ante cuya puerta danzan los capitanes: hay que pedir al cielo que esta parte tan importante de la fiesta pueda desarrollarse como se debe y que el tiempo sea bueno para ello, los capitanes oran brevemente en privado ante el altar.

En la liturgia católica, los *maitines* forman parte del oficio divino cuyo rezo es obligatorio para los clérigos. En los días solemnes, esta parte del oficio la constituían antiguamente nueve salmos y nueve lecciones (estas eran pasajes de la Biblia y trozos de sermones de los padres de la iglesia).

En los *maitines* tseltales, las danzas en las casas de los cuatro capitanes y de los cuatro *alkaletik*, así como también la que se efectúa en la iglesia, representarían los

salmos; los *pat'o'tan* que se recitan ante la puerta de las casas de los *alkaetik* y de los capitanes, más la oración en la iglesia, equivaldrían a las nueve “lecciones”.

El tiempo más solemne de la fiesta comienza en este momento, y durará hasta mañana por la tarde. Por ello, los *musikeros* tocan siempre que la comitiva “camina”.

Se visita primero la casa del *sbah alkal* del poblado, pero no se sigue un orden jerárquico en las visitas, sino más bien de proximidad entre las diversas casas, ya que es de noche y no hay para qué recorrer dos veces el mismo camino.

Los capitanes y los *alkaetik* del ejido (los cuales no tienen casa en el poblado), piden prestada una para las ceremonias.

Desde ese momento, los capitanes cubren su cabeza con un lienzo blanco, el *schujkilsjol* –lit.: cubre-cabeza– (lám. XIV, 7), y con otro lienzo también blanco cubren sus hombros. Para entrar a la iglesia se quitan el paño de la cabeza; pero el de los hombros, solo cuando entran en las casas. Portan también un sombrero nuevo, adornado con una cinta color guinda.

d) En casa del *alkal* primero

Al llegar a ella se pronuncia el *pat'o'tan* entre los dos *alkaetik*; el dueño se halla dentro, junto a la puerta, y el *alkal* segundo, fuera. Al terminar, todos entran, y se distribuyen cigarros y *chilha'* (cuatro botellas en cada casa).

Los capitanes invitan entonces a los *alkaetik* a que bailen con ellos: “¡*Ya jpastik k'in ka!* –Hagamos la fiesta, jefe!– ¡*Yakuk ka!* –¡Sí, jefe!”.

Luego se visitan las siete casas restantes, donde tienen lugar las mismas ceremonias, que duran alrededor de una hora, tiempo necesario para beber las cuatro botellas de *chilha'*.

Luego vuelven a la iglesia, en cuyo interior beben *chilha'* (antiguamente, trago), una botella de cada capitán. Esto dura más o menos una hora. Al terminar, cada uno regresa a su casa, a eso de las 2.30 a. m.

• Primer día

La jornada empieza a las 6 de la mañana con una serie de cohetes. Cada capitán enciende un cirio en la iglesia y recita una plegaria individual por el éxito de la fiesta. todos salen al atrio para esperar que los cirios se consuman, mientras tanto, cada uno de los capitanes ofrece una botella de *chilha'*.

- A las 8 de la mañana

La comitiva se dirige sin música a casa del *sbah bankila!* (capitán primero); el baile lo inician solo tres capitanes, pues el primero, propietario de la casa, después de haberse bañado, está terminando de revestirse con traje ceremonial (una especie de casaca roja con botones y franjas doradas, y un pantalón también rojo con franjas doradas y cascabeles). Los capitanes portan el traje encima de sus vestidos ordinarios a fin de no estropearlo, ya que se emplea para todas las fiestas de los santos patronos.

Se ofrecen nuevamente cigarros y cuatro botellas de *chilha'*, regalo de cada uno de los capitanes. Al igual que la víspera hay *chilim* (atole de pinole) y también *ul* –un tipo de atole ligeramente agrio, endulzado con panela y condimentado con unas gotas de salsa de chile rojo–. Al llegar el capitán primero, ya con su traje ceremonial, se emprende nuevamente el baile. Desde ese momento, se pone su sombrero para bailar y no se lo quitará sino en la iglesia y para comer. Si alguna vez se le olvida quitárselo, el *opisal* le dirá: “ ¡*A'beya kux yo'tan te apixhol!* –¡Deja que descanse tu sombrero!”.

Viene ahora el desayuno propiamente dicho; cada uno tiene ante sí tres escudillas: una con carne y caldo de puerco, otra con caldo de chile y la tercera con la grasa del puerco (esta última se enviará a la casa de cada uno de los participantes junto con los demás platillos). En vez de tortillas se comen en esta ocasión los *nolbilwaj* –tamales rellenos de frijol molido– y los *pahtswaj* –tortillas gruesas y grandes.

A los visitantes de fuera y al sacerdote no se les ofrecen platillos para enviarlos a sus casas, ya que no viven en el poblado; en cambio, algún día un principal o cargohabiente los invitará a comer a su casa.

Notemos dos cosas: que no se pone sal de antemano a los platillos, sino que se la coloca en un platito aparte, ya que para los tseltales es una forma de cortesía servir sal al vecino; otra, que existe la costumbre de dar un poco de lo que se está comiendo a uno de tantos niños que andan por allí, para hacerlos participar a ellos también.

El desayuno en casa del capitán primero dura alrededor de hora y media; luego se efectúan los mismos ritos en las casas de los otros tres capitanes, en orden jerárquico. Todo termina hacia las 13:30 o 14:00 horas.

Los capitanes se dirigen con sus acompañantes a la iglesia para volver a tomar las banderas, y se encaminan a la casa del *sbah bankilal*, en cuyo patio está el *cha'kajalte'* o tapesco, adornado con ramas de ocote, construido la víspera por los *ik'abil* (ayudantes-invitados).

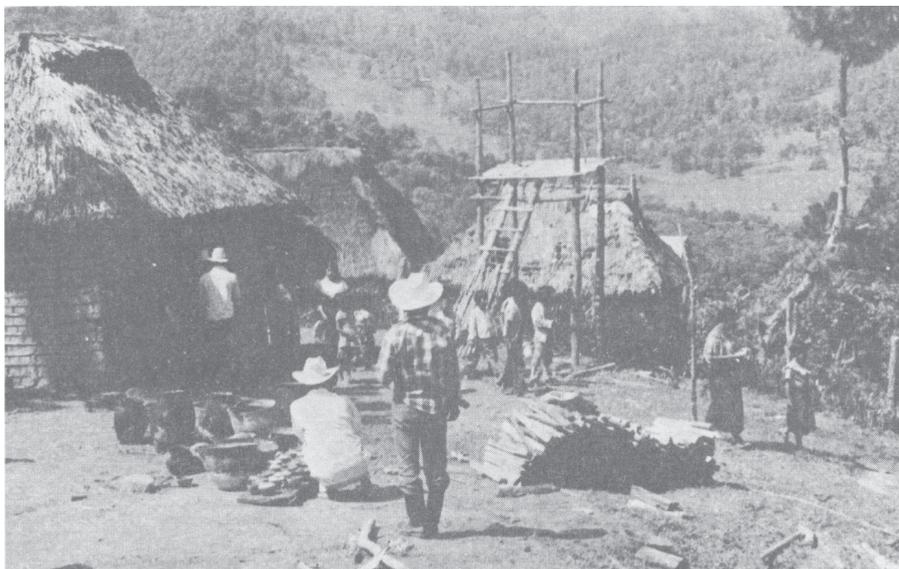


Lámina VII

Cha'kajalte'

e) *Veneración de las banderas*

Parte del patio está cubierto con *xaktaj* –agujas de ocote–, y encima de ellas colocan un petate –*pohp*–. La mujer del capitán primero, vestida con traje nuevo y adornada con joyas de fantasía (aretes y collares), sale de la casa y se arrodilla sobre el petate. Lleva en las manos un lienzo blanco sobre el cual su marido posa la cruz de su bandera; la mujer hace una reverencia a la cruz, y la toca en seguida con su frente, luego con la mejilla izquierda y con la derecha, y finalmente la besa. El marido le presenta entonces el otro lado de la cruz para que repita el rito.

Después, los otros tres capitanes repetirán ante la mujer el rito que efectuó el capitán primero. Terminada la veneración de las banderas, se las ata a los cuatro postes de la tribuna o *cha'kajalte'*.

Cuando la mujer besa la cruz, sus cabellos están muy bien peinados, pero no trenzados; esto lo harán después sus “damas de honor”. La mujer entra a la casa y se sienta, acompañada de sus damas y de las demás mujeres, en uno de los extremos del cuarto, o bien en el cuarto vecino; allí permanece en silencio hasta el fin de la ceremonia.



Lámina VIII Veneración de las banderas

La demás gente entra también, y el par tambor-flauta sube al *cha'kajalte'* o tapesco, y allí tocan durante el baile que se efectúa entonces. El otro par, mandolina-guitarra, toca dentro de la casa. Se distribuyen al mismo tiempo cigarros y *chilha'*.

Al terminar todos se dirigen a casa del *sbah yihts'inal* –hermano menor primero– para que la mujer de este venere también los estandartes.

En contraste con los demás momentos de la fiesta, para esta ceremonia se reúne alrededor de un centenar de personas, sobre todo mujeres, no solo tseltales, sino también ladinas. Tal rito resulta pues muy imponente para el capitán, y sobre todo para su mujer, poco habituada a aparecer ante un público tan grande. Al hombre lo invade el temor, pues si ejecutara mal la ceremonia recibiría una gran *k'exlal* –vergüenza.

En la oración de capitanes se dirige una súplica especial al santo patrono para que dé valor a la mujer:

... y la pareja de mi boca, la pareja de mi corazón [mi mujer]: que sus manos se fortalezcan para tomar la cruz, el ornamento [la bandera] para mostrarlo a todos. Pues hay hileras [de gente] que la contempla y que tiene sus ojos fijos en ella... ¡Que su corazón no tiemble!... ¡Que sus manos se fortalezcan para tomar la cruz, y para sostenerla con firmeza!¹⁸

El capitán hace una súplica semejante por sí mismo.

- El día mismo de la fiesta (según el Calendario Eclesiástico). Este día es menos importante para los indígenas que la víspera.
- A las 6 de la mañana, los capitanes encienden sus cirios y recitan su oración oficial; luego se dirigen todos a casa del capitán segundo, y piden a los *musikeros* que toquen mientras vuelven a colocar las banderas en los postes del *cha'kajalte'*; después danzan, y se distribuyen *chilha'* y cigarros, y se bebe el *chilim* (atole de pinole).

El desayuno de este día consta de tortillas especiales (*pahtswaj*) y frijoles; se sirve también café, pero solo en las dos primeras casas.

Los capitanes danzan una vez más, y todo el mundo se dirige hacia la casa siguiente, la del capitán primero. Se llevan allá dos banderas, al son de la música, y se las coloca en su sitio, sobre el *ch'akajalte'* –tapesco (las otras dos se quedan donde estaban).

El último desayuno se toma en la casa del benjamín o *xuht'ul yihts'inal*. Los capitanes primero y segundo van a recoger las otras dos banderas.

Mientras tanto, en el patio de la casa de cada capitán, los *ik'abil* (ayudantes-invitados) ensillan un caballo que bendice una *me'el* o anciana, mediante una larga oración; después se santigua ella misma, y hace la señal de la cruz sobre el caballo, al que da un poco de sal.

El capitán ofrece una botella de *chilha'* a la mujer para recompensarla por sus servicios; el *opisal* sirve de la misma botella un vasito y lo ofrece a la mujer; después él se sirve y bebe.

Este rito parece haber sido en otros tiempos mucho más importante, según se puede deducir de algunas de las frases de la oración que recita la mujer:

Señor Nuestro Jesucristo, te pido que perdones al hijo del Señor Santiago [es decir, el caballo]. Que el hijo del Señor Santiago reciba protección contra el enemigo de su sangre,

contra el enemigo de su lodo [cuerpo]. [Qué] dondequiera que vaya y de dondequiera que salga, su corazón saboree el pasto y la hierba... que sienta desde lejos la presencia del lodo profundo; que no caiga nunca en sitios pantanosos... que tampoco caiga o se despeñe en un precipicio... ni en sus salidas ni en sus entradas... Que no se tropiece con los lazos del Santo Cerro... del Santo Ajaw [Señor de la Cueva]. Que no se tope [con el enemigo] cuando salga y cuando viaje... Oh Dios y Señor Nuestro, que engorde y que crezca... ante tus pies y ante tus manos.¹⁹

El caballo es pues un personaje muy importante, ya que se le llama el “hijo” del señor Santiago, y que se pide al cielo que lo proteja al igual que a los capitanes: “del enemigo oculto de su sangre y de su cuerpo”. La relación con el caballo del señor Santiago parece clara. Además, en diversos sitios de México la gente venera no solo al santo, sino también a su caballo.

Se atribuye gran importancia a la vida del caballo, puesto que se invoca a más de 15 santos a los que se prometen flores y ayunos a fin de que se dignen protegerlo para que no derribe al capitán que lo cabalga.

Los capitanes se han reunido en la casa del capitán primero de donde parten cabalgando con sus banderas desplegadas, que depositarán en su sitio habitual en el templo, al salir del cual se sentarán sobre una viga adosada al muro.

Se piden entonces voluntarios para galopar en los caballos. Se trata de una especie de competencia no muy organizada, donde cada caballero tratará de llegar primero al otro extremo del atrio. La ceremonia dura unas tres horas, y la carrera se repite seis veces.

Se inicia en ese momento una convivencia muy simpática y alegre: los hombres se sientan o se recuestan en el suelo; el grupo de mujeres se sienta bajo el árbol que se halla a un lado de la iglesia, y que es su sitio habitual en este tipo de reuniones. Se ofrecen a toda la gente cigarros, *chilha'* y otra bebida llamada *chintulib* (hecha con un tubérculo silvestre macerado en agua endulzada).*

Mientras dura la carrera, los capitanes y los que quieren acompañarlos, danzan al son de la música. Las *me'etetik* (mujeres ancianas) danzan también, pero no al mismo tiempo que los hombres. Las *muchachas* pueden bailar, pero aparte, a manera de juego (lám. XIV, 12).

Hacia la caída de la tarde, el cortejo de hombres se encamina, con banderas desplegadas y al son de la música, a la casa del *sbah alkal* para dar comienzo a la danza

* Se le atribuyen propiedades sedativas: se sirve en las fiestas tradicionales, en las bodas y, según información del padre Nacho, también cuando se prevé una reunión comunitaria tormentosa.

solemne de capitanes, después de la cual desmontan, una a una, las banderas; las inciensan, según lo describí más arriba, y las guardan en el baúl. El *opisal* anuncia: “¡*Hilix te bandera ka’!* –¡Se quedaron ya las banderas, jefe!”.

La música toca durante toda la ceremonia; terminada esta, la gente permanece allí un rato platicando o descansando.

f) *Lajix kumpirali* –Fin del compadrazgo

Cuando empieza a oscurecer, el grupo va a la casa del capitán primero donde los capitanes salientes, después de haber bailado, saludan a cada uno de los asistentes. Sus mujeres, que llegaron un rato antes, se hallan sentadas en el “salón”.

Sigue otro baile durante el cual el *xuht’ul yihts’inal* o benjamín se separa del grupo y dice al *opisal*: “ ¡Estamos bien, jefe! ¡Vamos a quitarnos los trajes de fiesta, jefe! –¡Está bien! ¡Pueden quitarse sus trajes de fiesta!”.²⁰

Luego repite la misma frase a cada uno de los presentes y recibe de ellos la misma respuesta. Se quita el sombrero y lo entrega a su mujer o al *opisal* para que descosan la cinta guinda; luego se quita la casaca y el pantalón, que deposita doblados sobre el lienzo blanco que cubría sus hombros. Coloca todo sobre un petate y regresa a bailar, ya con su ropa ordinaria.

Los demás capitanes, en orden jerárquico ascendente, efectúan el mismo rito y, cada uno de ellos, una vez que ha terminado, se integra de nuevo al grupo de danzantes.

Los trajes, incensados, se guardarán en un baúl en casa del *alkal* primero. *Te stsunel ya’tel te yach’il kapitanetik* –Se enciende el trabajo de los nuevos capitanes.

Al terminar la danza de los *pasados* capitanes, se presentan los nuevos ante el *opisal*, que los inicia en el servicio del santo patrono mediante un gesto simbólico: les indica cuál es la limosna que deberán ofrecer al santo patrono al día siguiente:

¡Ya llegué, jefe! –dice el capitán primero en nombre de todos– ¡Quiero hablarte, jefe! Así pues, perdóname, jefe, por la veneración y el temor de nuestro santo patrono. Quiero hablarte de la limosna que debo cumplir para recibir mi trabajo. Por ello, me sacarás, por favor, la medida de mi limosna.

El *opisal* responde: “Sí, puedo darte la medida de tu limosna, si trajiste la paja”.²¹ Toma entonces los carrizos que le ofrecen los capitanes, los corta a la medida conveniente y se los entrega (al día siguiente los capitanes encenderán sus cirios, del largo prescrito, ante la imagen del santo patrono). Sigue un *pat’o’tan* en el que se insiste sobre todo acerca de la obligación de los capitanes de honrar a su santo patrono.

Los nuevos capitanes bailan con los pasados, quienes, al concluir, se dirigen a cada uno de los participantes:

¡Hemos terminado...! ¡Demos gracias porque acabamos bien nuestro servicio! ¡Agradecemos a la *jalalme'tik!* [o a Santa Ana o a San Juan, respectivamente, según la fiesta]. ¡Estamos contentos pues nuestra fiesta llegó a buen término!²²

Como punto final del día, los nuevos capitanes ruegan al *opisal* que se digne acompañarlos al día siguiente:

–¡Perdón, jefe! ¿Nos harás el favor de organizamos la fiesta?

–Pero... ¡no sabemos! ¡Puede ser que mañana ya no vivamos!

–¡Sí, jefe! ¡Tú puedes! ¡Préstanos tus manos [es decir, ayúdanos], y supervisa nuestro trabajo!

–¡Bueno! Entonces... ¡Sí!... ¡Puedo ayudarles!²³

Al dar su respuesta el oficial acepta las ocho botellas, regalo de los capitanes, que él ofrece, a su vez, a los *musikeros*, para que tengan la bondad de tocar al día siguiente. La respuesta será:

–Pero, no sabemos... [etc.. Y, finalmente] ¡Bueno!... entonces... ¡Sí, sí estamos libres...! [esta respuesta significa que los *musikeros* han aceptado] .

Terminada la bebida, todos se retiran.

- Primer día después de la fiesta

Ta sahb –temprano–, los nuevos capitanes con la cabeza cubierta con el lienzo blanco, se reúnen ante la puerta de la iglesia, entran y encienden sus cirios ante el santo patrono y luego dan inicio a la plegaria donde piden especialmente éxito para su trabajo: *ta shunal ha'bil* –durante todo el año.

- 8 de la mañana

Llegan los músicos, se baila en el atrio y se distribuyen cigarros y *chilha'*. Al consumirse los cirios, el cortejo se dirige, sin música, a casa del capitán primero, donde los capitanes interpelan de nuevo al *opisal*:

“*Pasbon perdon, Ka! ¡Ya kapasbotik k'in!* –¡Perdón, jefe!, ¡nos organizarás la fiesta!”.

El *otseselmats'winik* o maestro de ceremonias ofrece cuatro botellas de *chilha'* que se sirven durante la danza. En este momento, las esposas de los nuevos capitanes, y seis *me'eletik* –mujeres de edad respetable– hacen su entrada y se sientan en su sitio correspondiente.

Una mujer sirve a la concurrencia el *kakaw*, bebida de cacao crudo y molido y disuelto en agua azucarada. Lo sirven en una pequeña calabaza llamada *sima'* (lám., XIV, 4). Al ofrecerlo dice: “¡Uch'a ala kakaw! –¡Bebe un poquito de cacao!– ¡Ko! –¡Sí!”.

La bebida la ofrece primero a los hombres, y luego a las mujeres y se dan varias vueltas hasta agotarla. Vienen después el *chintulib* y el *chilha'*, con las fórmulas consabidas de ofrecimiento y aceptación.



Lámina IX

Agape tseltal

El *Agape tseltal*. Aunque a toda la fiesta pueda llamársela “banquete fraterno”, este nombre le corresponderá por antonomasia al rito que describiré a continuación, debido a que los rasgos de alegría, fraternidad y espíritu comunitario, resaltan en él de un modo especial.

Cuatro mujeres traen cada una, una calabaza o *tsu'il* (lám. XIV, 3) llena de *ul* –atole–. Sobre cada calabaza hay un montón de tortillas, cada una de sabor diferente: ordinarias, saladas, tostadas o ligeramente dulces. Todo está cubierto, según costumbre, con un lienzo.

El *otseselmats'winik* entrega las calabazas a los personajes más importantes: a los tres *opisales* y a un *trensipal* (o bien, al sacerdote, si se halla allí). Todo mundo se pone de pie y se descubren las calabazas; se mezclan las tortillas de los diversos montones y se hacen otros nuevos, de manera que en cada uno haya tortillas de los cuatro. Esto acentúa el sentido de participación: no se puede distinguir ya lo que aportó cada capitán, sino que se come la ofrenda de “los” capitanes.

En seguida, los que recibieron las calabazas beben un poco de atole y las hacen circular con todo respeto, diciendo al vecino: “¡*Uch'a ala mats!* –¡Bebe un poquito de *mats!*–”. Al mismo tiempo comen las tortillas, y el rito continúa hasta que quedan vacías las calabazas.

Los servidores traen entonces unos *sets'* –tazones o escudillas (lám. XIV, 5) llenos de *sakil* (especie de atole hecho de semillas de calabaza), sobre el que hay una tortilla de huevo; se traen también escudillas con frijoles. El sentido de participación se expresa aquí también, pues cada dos personas comen de una escudilla.

Durkheim subraya aquí la importancia de las comidas sagradas, en las que se expresa la unión de los miembros de la Comunidad terrena, tanto entre sí como con la celeste: “las comidas tomadas en común... crean entre los asistentes un lazo de parentesco artificial” (p. 481).

Recalquemos el hecho de que los tseltales, para simbolizar la unión de la fiesta, emplean términos de parentesco para designar a los diferentes cargo-habientes: *sbah bankilal* –primer hermano mayor–, *sbah yihts'inal* –primer hermano menor–, etc. El término *lajix kumpirali* –fin del compadrazgo– indica el fin de la fiesta, en la cual la unión ha sido tan íntima que puede asemejarse a la que debe reinar entre los compadres. Es decir, se trata de la expresión de una asociación muy estrecha de parentesco artificial, de la que nos habla Durkheim:

El alimento rehace sin cesar la sustancia del organismo. Una alimentación común puede producir los mismos efectos que un origen común. Según Robertston Smith, el objeto de los banquetes sacrificiales sería, precisamente, hacer comulgar de una misma carne al fiel y a su dios a fin de anudar entre ellos un lazo de parentesco (*loc. cit.*).

Volvamos a la fiesta: terminado el ágape, el capitán primero y su *otseselmats'winik* o maestro de ceremonias, recitan un *pat'o'tan*, terminado este, el mismo capitán se dirige a su propia esposa y a cada una de las esposas de sus hermanos en el cargo: “¡*Ya jmulantik xlanj te k'in!* –¡Nos gustaría que terminara la fiesta!”.

Las mujeres interpelan entonces a los músicos: “¡*Ya jmulantik te ak'in!*” –¡Nos gusta tu fiesta!–”, y se ponen a bailar al son de la música. Al fin, dan las gracias a los músicos: “¡*Hokolawal!*”.

A quienes corresponde por derecho bailar, es a las esposas de los capitanes, pero las *me'eketik* pueden también hacerlo (a las doctoras Elsa y Patricia las invitaban siempre a acompañarlas en esta danza).

Después de unos 20 minutos de descanso, las mujeres bailan otra vez, y se despiden de cada uno de los asistentes diciendo: “ ¡*Bohkon!* –¡Ya me voy!–”. Y se retiran de la fiesta.

La forma de bailar de las mujeres es mucho más delicada y graciosa que la de los hombres: flexionan un poco más las rodillas y describen un óvalo o una curva abierta; no danzan hacia adelante y hacia atrás como los hombres (lám. XIV, 12 y 13).

Con el último baile, termina la fiesta; los hombres se quedarán aún cierto tiempo en amigable charla.

g) *Algunas anotaciones*

1) El ágape mensual

Los capitanes de cada santo patrono se reúnen mensualmente para celebrar en forma sencilla el *ágape*, acompañados únicamente por el *otseselmats'winik*, o maestro de ceremonias. El quinto mes después de recibido el cargo, tal *ágape* reviste un carácter más solemne: los *musiceros* tocan en él y pueden asistir invitados. El fin de tales celebraciones es reforzar la unión de los capitanes entre sí, y preparar y organizar la fiesta.

2) El rol de las mujeres en las fiestas

Hay que hacer hincapié en la función de las mujeres en estas ocasiones, ya que en la vida ordinaria no desempeñan prácticamente ningún rol público.

En cambio, durante las fiestas, además de sus “funciones ocultas”, como la preparación de los alimentos, una de ellas aparece como *reina*, por decirlo así, la ceremonia del beso de las banderas. Tenemos también el baile de las mujeres de los capitanes y de las *me'eletik*. Parece que esto sería una manera de dar testimonio público de la importancia de la mujer, y de acentuar que, sin la *snuhp' sti' snuhp' yo'tan* –la pareja de su boca, la pareja de su corazón–, los capitanes y los demás que participan en la fiesta no pueden hacer nada, y que la colaboración de las mujeres es absolutamente necesaria.

Hay que añadir a esto que todos los cargos (exceptuando el de los policías y el de los mayordomos) exigen que los que los detentan estén casados. Hay dos posibles razones para ello: en primer lugar, a un hombre tseltal no se le considera verdaderamente adulto sino cuando se casa. Además, si no tiene esposa, no se le puede elegir para el cargo de capitán, puesto que nadie podría ocuparse en su casa de la preparación de los alimentos.

3) Visitas de los santos

Terminada la fiesta de San Juan, los nuevos capitanes, acompañados por los *musike-ros* y un grupo de ancianos, llevan a la Virgen a *Xitalha'* para que visite a San Pedro, patrono de ese poblado, con ocasión de su fiesta. Allí la reciben con grandes honores y ella permanece en el pueblo una semana entera, mientras dura la fiesta. Después regresa con gran solemnidad a Guaquitepec.

Para la fiesta de la *jalalme'tik* (el 8 de septiembre), San Pedro le devolverá la visita yendo a Guaquitepec.

Se trata aquí de una tradición muy antigua, cuyo origen exacto es desconocido; yo no he hallado documentos que pueden aclarárnoslo.

En la región, es el único ejemplo de visita solemne de un santo a otro; en cambio, entre los tsotsiles y en otras regiones de México, la costumbre está bastante extendida.

Vogt piensa que esto probablemente pueda atribuirse a la época precolombina, pero no fundamenta su hipótesis (1969, p. 362).

Wasserstrom estudia muy a fondo el fenómeno social del intercambio de visitas entre el poblado de Zinacantán y las aldeas circunvecinas, y declara:

Podríamos sugerir que tal intercambio halla su inspiración no en relaciones políticas contemporáneas, sino más bien en la experiencia común, étnica e histórica de los habitantes de Zinacantán [y de otros poblados que se hallan en relación con estos]. Por

medio de tales ritos los indios parecen decir: “Antaño veníamos todos a esta iglesia a fin de celebrar nuestro nacimiento común, sea cual fuere el lugar a donde el destino nos hubiera llevado”... Tales prácticas se hicieron necesarias entre estas comunidades, cuyos caminos han divergido durante un tiempo tan largo [esto a fin de reforzar sus lazos comunes] (1974, p. 22).

No hay documento alguno que nos permita afirmar una relación de origen, ni un lazo especial entre Guaquitepec y Xitalha⁷. Sin embargo, que sean vecinos quizá les llevó a entablar una relación más estrecha entre sí que con otras poblaciones, como Cancuc, Bachajón, algo más alejados de Guaquitepec. No sería pues inverosímil afirmar que la vecindad facilitó el inicio de relaciones comerciales y religiosas. Hay que aclarar también que, en cierta época, un mismo cura atendía Guaquitepec y Xitalha⁷.

Con todo, no llegué a ninguna certeza a propósito de este intercambio de visitas entre los santos de estos dos poblados.



Perro cantor

II. EL CARNAVAL: *Lo'il k'in* –La fiesta jocosa

1. LA FIESTA

Los tseltales de Guaquitepec festejan el Carnaval los cuatro días que preceden la Cuaresma. Su objetivo es el mismo que el de las fiestas de los santos patronos: la conser-

vación y el acrecentamiento de la armonía de los miembros de la comunidad entre sí, y de la comunidad de la tierra con la de los cielos; en otras palabras: el servicio de los santos en beneficio de la comunidad. Sin embargo, en esta fiesta encontramos un matiz diverso: se realza el aspecto comunitario terrestre-celeste, y el ambiente es de alegría jocosa y bullanguera.

No es un solo grupo de capitanes el que se encarga de la celebración, como sucede en las fiestas de los santos patronos, sino los 12 juntos.

El carácter comunitario se ve acentuado por el espíritu de alegría que es mayor que en las otras fiestas. Ahora bien, tal espíritu no proviene solamente de las diversiones humanas: están contentos porque la alegría misma es un aspecto del servicio de los santos, como lo veremos más adelante. Sin embargo, se nota también cierto espíritu de penitencia, debido a la proximidad de la Cuaresma.

Un punto muy importante, es que la moralidad pública se ve reforzada en el Carnaval mediante el *libertinaje ritual*, es decir, mediante el *quebrantamiento ritual de la moralidad misma*.

Si las fiestas de los santos patronos son la santificación de la vida ordinaria, se podría decir quizá que el Carnaval es la santificación de la alegría.

No es necesaria una descripción minuciosa de la fiesta, ya que, en su estructura misma, se parece mucho a la de los santos patronos: hay música y baile, oraciones y *pat'o'tan* o saludos, banquetes, bebida, etcétera.

Antiguamente los capitanes *yih ts'inal* y *ala xhut'* –hermanos menores– vestían el traje típico de las mujeres tseltales; en cambio, los *sbah bankilal* y *schebal bankilal* –hermanos mayores– vestían su ropa ordinaria de hombres, y trataban a sus hermanos menores como si estos fueran mujeres.

Desde hace algunos años, los hermanos menores no usan ya trajes de mujer, sino sus ropas ordinarias; para distinguirse de los hermanos mayores, usan máscaras. Según me dijeron en el pueblo, al padre Nacho le pareció que esa costumbre de disfrazarse de mujer era anormal, y por tanto, “sugirió” a los indios que la suprimieran.

La presencia del mismo padre ha impuesto una cierta moderación a los juegos de los tseltales; sin embargo, en 1977 tuve la oportunidad de asistir al Carnaval en ausencia del padre Nacho: la fiesta se desarrolló sin inhibiciones y la actuación de los tseltales fue mucho más natural.

Volvamos a la celebración: al inicio de la fiesta, el *opisal* ofrece a los capitanes –hermanos mayores– una ardilla disecada, que ellos usarán como símbolo fálico durante los bailes. Los *yih ts'inaletik* o hermanos menores tratan de apoderarse de la

ardilla. Quien la tiene en su poder toca con ella las nalgas de una persona del bando opuesto, y luego trata de introducírsela en la boca.

Naturalmente, después de un rato la pobre ardilla está hecha pedazos, pero siguen usándola hasta que no queda nada de ella. También se usa como símbolo fálico un trozo de caña de azúcar. Los *alkaletik* y algunos visitantes participan también en este tipo de juegos.

Hay también otros juegos de carácter sexual; por ejemplo, un capitán hermano mayor, agarra a un capitán hermano menor y simula besarlo en la boca; otras veces lo agarra por la espalda y simula el coito. Continuamente se dicen chistes de doble sentido, con gran alegría y carcajadas de los asistentes.

Tanto en la calle como en las casas, la actitud de todo el mundo es de alegría jocosa, y se hacen bromas, sobre todo a los muchachos que andan rondando por allí. Pero no se libran de ellas las personas de edad madura y aun los ancianos. ¡Esa conducta sería inaudita en la vida diaria!

Los capitanes corretean a los animales, sobre todo a los perros con que se topan en su camino, les jalan la cola, etcétera.

Puesto que no hay capitanes salientes en esta fiesta, son los capitanes hermanos mayores quienes al fin de la celebración se dirigen al *opisal* y a los *musikeros* para darles las gracias. La fórmula es más o menos la misma que la que los capitanes usaron para darme las gracias a mí:

Tú podrás decir si lo que viste estuvo bien o no bien... te agradecemos que nos hayas acompañado cuando estábamos todos juntos, porque no vamos a terminar nuestro cargo al mismo tiempo: unos saldrán en junio, otros en julio y otros en el mes de septiembre. Ahora, puesto que el santo Carnaval ha terminado, vamos a quitarnos nuestras máscaras. ¡Te damos las gracias de que nos hayas acompañado! Mañana, todo el mundo volverá a su casa.

Los capitanes piden entonces a los músicos, al oficial y a la concurrencia, permiso para quitarse las máscaras: “¿Podemos ya quitarnos estos juguetitos? –¡Pueden hacerlo!– Ya terminamos; las máscaras se quedan allí”.²⁴ El oficial guarda las máscaras y cada uno vuelve a su casa.

2. HISTORIA DEL CARNAVAL EN GUAQUITEPEC

En la región tsotsil y en otros poblados tseltales cercanos, sobre todo en Bachajón, se celebra el Carnaval en forma mucho más solemne que en nuestro poblado. Sin

embargo, los ancianos afirman que hace mucho tiempo tal fiesta era una ceremonia importante, lo cual puede deducirse también de las palabras de un *pat'o'tan*: “Hay muchos visitantes, todos los miran, todos lo contemplan atentamente”.

Hay otra frase de la que podría quizá deducirse que los tseltales vestían trajes especiales para esta fiesta. “¡*Ihk'al te apixhol... ihk'al te axanab, ch'ul Lo'il K'in!* –¡Oh Santo Carnaval! ¡Tu sombrero es negro... tus sandalias son negras!”.

Los *mamaletik* me contaron que antaño el Carnaval era una fiesta muy solemne y que mucha gente venía a presenciarla; a ellos ya no les tocó presenciarla, lo saben por narración de sus padres, y desconocen la causa de esta decadencia. Algunos me dijeron que antes de que el padre prohibiera que los capitanes-hermanos-menores se vistieran de mujer, la fiesta era muy divertida, pero que actualmente hay pocos espectadores.

No contamos tampoco con dato alguno sobre la forma en que la fiesta se introdujo en el pueblo; lo único que sabemos es que hasta principios del siglo pasado no había ningún ladino en Guaquitepec (Doc. II).

El origen de la fiesta ¿podría deberse a lo que los tseltales hubiesen podido ver en Chilón, donde había numerosos ladinos? ¿O se iniciaría quizá cuando empezaron a llegar los ladinos a Guaquitepec?

Lo que resulta claro, de todas maneras, es que los tseltales revistieron de un carácter netamente religioso y litúrgico los regocijos cuasi-paganos que los ladinos efectuaban con ocasión de la fiesta religiosa del Carnaval, reprobados por la Iglesia debido a su carácter libertino.

III. LA SEMANA SANTA Y LA RESURRECCIÓN

1. LA SEMANA SANTA –*K'uxul K'in*al

El domingo que precede a la Semana Santa o tiempo de dolor, se efectúa la bendición tradicional de los ramos, según el rito de la Iglesia católica; después se celebra la misa, a la que no acuden sino las gentes que asisten a la doctrina, y unos cuantos ancianos.

Puesto que la liturgia de esta fiesta es la de la Iglesia católica es inútil describirla aquí, ya que no participan en ella los adeptos de la religión tradicional.

Sucede lo mismo con la liturgia del Jueves Santo, que tampoco estudiaremos.

- *Viernes Santo*

La víspera, los mayordomos, dirigidos por los ancianos, construyeron el “monumento”, donde colocarían a Cristo crucificado. Se trata de un armazón de cinco metros de alto por tres de largo, recubierto totalmente de *ch'ib* –hojas anchas y brillantes– (lám. XIV, 14).

El sacerdote utiliza el monumento en la liturgia católico-occidental del Jueves Santo para depositar un cáliz con hostias sagradas, y exponerlo a la veneración de los fieles.

El jueves lo adornan con azucenas blancas; el viernes, con bugambilias guindas.

- *5:30 de la mañana*

Se encienden cirios, dos ante *Santo Entierro* (Cristo muerto), tres ante la *jalalme'tik*, tres ante Santa Ana y dos ante San Juan Bautista. Al pie del prebisterio se colocan dos filas de cirios, una de 14 y la otra de 13.*

Los mayordomos inciensan las cuatro paredes de la iglesia, después de lo cual el *kobraría* dirige la oración en la que lo acompañan los *mamaletik* y las *me'eketik*, y que es semejante a la de los capitanes.

- *Dos de la tarde*

Todo el pueblo se reúne para asistir a la ceremonia de la crucifixión. Los *trensipale-tik* sacan a *Santo Entierro* de la vitrina donde se le guarda todo el año; le quitan las dos túnicas de que estaba revestido y cambian el lienzo anudado alrededor de su cintura. En todo esto proceden con el máximo cuidado y respeto, pues se trata de una persona. De antemano se fijó al monumento una gran cruz, a cuyo pie transportan a *Santo Entierro* en una especie de camilla; luego le pasan por debajo de los brazos unas bandas de tela y lo suben poco a poco, hasta colocarlo sobre la cruz. Como sus brazos están articulados, puede extenderlos fácilmente sobre los brazos de la cruz. Introducen entonces grandes clavos en los agujeros de sus manos y de sus pies, y los mayordomos golpean el madero tres veces con un martillo, al lado de las manos y de los pies, para simular que en verdad lo están clavando.

* Por lo que respecta a estos números, sabemos que el 13 tenía una significación especial entre los mayas, pero no hay nada a propósito del número 14. Se podría pensar que este número se halla quizá en relación con el de las estaciones del Vía Crucis.

Después, toda la gente sale de la iglesia para recorrer la mitad de las estaciones del Vía Crucis; las otras siete se dejan para después del descendimiento. Al pie de la cruz se quedan cuatro *me'eketik* y la *kobraría* (la esposa del hombre que lleva este título), para personificar a las santas mujeres del Evangelio, quienes permanecieron también al pie de la cruz (Mt. XXVII, 55).

La gente regresa a la iglesia y el *kobraría* pronuncia un pequeño sermón o discurso sobre la Pasión y la Muerte de Cristo (cap. II: “*Pasión y Muerte de Cristo*”).

Unos fieles permanecen en el templo y otros salen para sentarse en el atrio: los hombres frente al templo, las mujeres del lado derecho, bajo el árbol, en su sitio habitual.

Las *me'eketik* han traído para entonces cinco grandes cántaros llenos de *chintulib* de los que sirven a todo mundo. En las fiestas tradicionales son siempre las mujeres las que escancian esta bebida, pero este día y el Domingo de Pascua, un hombre sirve de beber a los hombres y una mujer a las mujeres; los primeros beben en un vaso y las segundas en una calabacita o *sima'* (lám. XIV, 4). Todos charlan tranquilamente en agradable convivencia por un rato, y luego entran en la iglesia. Los encargados bajan de la cruz a *Santo Entierro*, lo colocan sobre una camilla recubierta con una colchoneta, y lo introducen en una especie de jaula (lám. XIV, 11) cubierta de bugambilias guindas, y lo llevan en procesión por el atrio para completar las estaciones del Vía Crucis que faltaban. De regreso al templo, se guarda a *Santo Entierro* en su vitrina, donde permanecerá hasta el año siguiente.

2. DOMINGO DE PASCUA O RESURRECCIÓN

Hacia las 7 de la mañana se celebra la misa, a la que no asisten los *mamaletik*, que se hallan reunidos en casa del *sbah alkal*, junto con los capitanes, los *musikeros* y los mayordomos. De allí todos se dirigen al templo al son de una música tradicional muy alegre, y se detienen ante la puerta, donde los ancianos danzan a ratos, hasta las 11 de la mañana, hora en que termina la misa. Entonces entran a la iglesia y sacan en procesión a la *jalalme'tik* y a San Juan.

Cuando las imágenes se detienen, las mujeres, no solo las *tseltales* sino algunas ladinas, besan los mantos y les ofrecen flores. Sin embargo, las ladinas no toman parte en la procesión, ni tampoco los ladinos.

Cuando se detienen las imágenes por segunda vez, se ofrece *chilha'* a toda la gente.

De regreso al templo, los ancianos, ayudados por los mayordomos, encienden 18 cirios al pie del presbiterio; enseguida el *kobraría* pronuncia un discurso breve

semejante al del Viernes Santo (cap. II, “*Resurrección de Cristo*”): al terminar recita una plegaria junto con los demás ancianos.

Los asistentes a esta liturgia tseltal son mucho más numerosos que a la misa de media noche y a la de la mañana. El gozo característico del Domingo de Resurrección aparece mucho más claramente en esta ceremonia tradicional que en la liturgia católica de occidente. Al terminar, todos salen al atrio para beber *chintulib*, al igual que el Viernes Santo. Es una reunión prolongada y llena de alegría fraterna.

La impresión que queda después de asistir a los ritos católicos occidentales y a los tseltales tradicionales es que los primeros resultan incoloros para los indios. Por ejemplo, ¡qué contraste entre la crucifixión hecha por los tseltales y el rito de adoración de la cruz celebrada por el sacerdote! Los sermones del *kobraría* son piezas ejemplares y de antología, mientras que las lecturas de la Biblia tienen poca significación para los indios. La Eucaristía, instituida por Cristo como un *ágape* o banquete, se ha convertido en un rito de carácter aparentemente individual, y que resulta mucho menos significativo que la reunión fraterna en el atrio, donde se distribuye *chintulib* a todo mundo y donde se charla amigablemente.

Los indios, que ya habían tseltalizado todo el ritual, se hallan de nuevo ante ceremonias católicas que tienen poca significación para su cultura audiovisual. Es de lamentar que los ritos de las dos religiones, teniendo un significado semejante, se celebren de manera diferente, y sin relacionarse entre sí.

Este fenómeno lo analizaremos en el último capítulo.

IV. LA MIXA

Este rito es esencialmente comunitario y está encaminado a obtener la lluvia y el temporal conveniente para la siembra y la cosecha.

Si se examina la celebración misma de las fiestas de los santos patronos, estas parecen más importantes, porque son más solemnes. En cambio, si se tiene en cuenta a los celebrantes, la *mixa* ocuparía un lugar superior puesto que no son los capitanes los que offician en ella, sino los *trensipaletik* mismos. Se podría quizá pensar que, puesto que se trata de obtener lo que es absolutamente indispensable para la vida, es decir, las buenas cosechas y el tiempo favorable para ellas, es necesario que sean las autoridades espirituales supremas quienes interpiden a los santos y a Dios. Por su gran dignidad, el cielo escuchará más fácilmente sus súplicas.

La *mixa* se celebra generalmente dos veces por año: en marzo y en agosto, pero también en circunstancias extraordinarias, por ejemplo, cuando hay escasez prolongada de lluvia, o cuando el poblado se ve ante necesidades graves y urgentes.

La primera parte del rito de la *mixa* es igual en marzo y en agosto; la segunda parte es diferente.

1. PRIMERA PARTE DE LA MIXA

Hacia la caída de la tarde, los *mamaletik* se reúnen en la iglesia, y encienden 18 cirios bien gordos, “de a 12 pesos cada uno, a fin de que ardan toda la noche”.

La ceremonia se inicia al son de la música, que toca a intervalos; los *mamaletik* se sientan en las bancas, dispuestas en forma semicircular al pie del presbiterio, y pasan allí la noche cuidando los cirios, charlando y bebiendo trago.

No se trata, pues, de una velada individual como las que los católicos hacen en la iglesia ante la Eucaristía el Jueves Santo, sino que la inspira un sentido religioso social profundo.

Al contemplar esta ceremonia me vino a la mente un pasaje del Éxodo:

Y Moisés subió [al Monte Sinaí] acompañado de Aarón... y setenta de los ancianos de Israel, y vieron al Dios de Israel... comieron y bebieron (XXIV, 9 y ss.).

Es obvio que la bebida tiene, especialmente aquí, un sentido de participación y de unión fraterna, tanto de los hombres mismos entre sí, como con el mundo espiritual.

Terminada la noche de velación todos salen al atrio y allí descansan y charlan durante un buen rato; después vuelven a su casa para tomar solo café, pues es día de oración y de ayuno hasta mediodía.

2. SEGUNDA PARTE DE LA MIXA

a) Mes de marzo

Hacia las 9 de la mañana, los *mamaletik* se reúnen en casa del *sbah alkal*, donde se reparten cigarros y, después de una hora de charla, el cortejo sale de la casa llevando canastas con velas y con incienso, así como un petate de colores vivos, sobre el que se colocarán las estatuas de la *jalalme'tik* y de San Juan.

El pórtico de la iglesia está adornado, como para todas las fiestas, con arcos de palmas (*ch'ib*) y con ramas de ocote; el suelo está cubierto de *xaktaj* –agujas de ocote.

Sacan a San Juan y a la Virgen de sus nichos y los atan sobre unas andas. La música toca mientras se alistan las estatuas, y durante toda la procesión.

Las mujeres, precedidas por la *kobraría* y tres *me'eketik*, encienden sus cirios. Fuera de los *mamaletik* y de los *alkaletik*, pocos hombres participan en esta ceremonia, ya que es un día laborable.

Se inicia la procesión al son de la campana, que repicará durante toda la ceremonia. Al salir de la iglesia inciensan las estatuas, y al emprender la marcha se disparan cuatro cohetes. La procesión se detiene en cuatro sitios, correspondientes más o menos a los cuatro puntos cardinales del poblado. En cada estación se colocan a los santos sobre un petate, bajo el cual hay *xaktaj*. En la tercera estación se distribuye *chilha'* y trago. Las mujeres tseltales y ladinas se acercan, como de costumbre, a besar el vestido de los santos; algunas frotan las imágenes con un pedacito de trapo que conservarán como reliquia; otras traen flores.

Al regresar al templo, unos 50 minutos después, encienden 19 velas de cera de abeja* y 28 de parafina, que colocan al pie del presbiterio y que inciensan dos veces.

Los *mamaletik* y los *alkaletik* se arrodillan frente a los cirios, con el rosario en la mano, y el *kobraría* dirige la plegaria para pedir la lluvia y el tiempo propicio para las buenas cosechas.

Durante la segunda mitad de la oración la gente se postra en el suelo, y se pone de pie al terminar. Luego, después de haber besado el pie o el manto de los santos, se dirigen a la puerta de la iglesia, y oran algunos instantes con el rostro hacia el sur-suroeste.

Durante las estaciones de la procesión, las imágenes de la *jalalme'tik* y de San Juan miran también hacia la misma dirección. En efecto, allí se halla Cancuc, pueblo en el que se dice que vive la Virgen *Antiko*, la que es mero *kuxul* –verdaderamente viva– y que desapareció de Guatepepec hace mucho tiempo.

Una vez que los hombres han terminado de orar, viene el turno de las *me'eketik*, que se arrodillan a unos seis metros de las imágenes para orar; parte de su plegaria la hacen en la puerta de la iglesia, siempre hacia el sur-suroeste.

La música toca sin interrupción hasta que las *me'eketik* terminan. Se ofrecen *chintulib* y *chilha'*, a los hombres, dentro del templo; a las mujeres, fuera.

* Lo ideal sería que todas las candelas fueran de cera de abeja y fabricadas por los capitanes, pero como es difícil conseguirlas actualmente, se permite que algunas sean de parafina.

Todos se quedan allí, charlando y bebiendo alrededor de hora y media, y luego se encaminan hacia la casa del *sbah alkal* para celebrar el *ágape tselal*. Al terminar este, la gente se reúne de nuevo en la iglesia, donde la música toca a ratos; los *mamaletik* bailan tres veces, y hacia el final tocará a las *me'eketik*.

Mientras tanto, circula el trago *dentro del templo*; un hombre lo sirve a los varones y una mujer a las mujeres. Y así va pasando la tarde en un ambiente alegre de amistad y paz.

Hay que señalar dos cosas:

Primera: en mi segundo año en Guaquitepec, en 1977, los tselales me tenían ya mucha confianza, y cuando celebraron la *mixa* me invitaron a que los acompañara al templo, y me ofrecieron trago. ¡Yo me uní con gusto y con devoción a su liturgia! En cambio, en agosto de 1974 asistí también a una *mixa* pero, al terminar la comida me indicaron que ya había finalizado la ceremonia. Era una forma muy correcta de hacerme saber que ya podía irme. No había nada extraño en ello, pues con frecuencia, después de las ceremonias se hace lo mismo, como para indicar a la gente que puede ya retirarse si así lo desea. Yo entonces no comprendí de qué se trataba, sino hasta que me topé en el camino con un muchacho que llevaba botellas de trago. Este detalle, y el hecho de que no se me hubiera invitado a participar en la bebida, me hizo comprender que todavía no gozaba de la plena confianza de los tselales, pues aunque varias veces se habían atrevido a beber delante de mí, nunca me habían invitado a participar con ellos.

Segunda: como me lo hizo notar el prediácono (que toca la mandolina y que nunca bebe), no hubo en estas ocasiones ningún exceso en la bebida.

b) Mes de agosto

Al alba tocan la campana, disparan seis cohetes y encienden cirios: dos ante cada una de las imágenes de los tres santos patronos, de *Santo Entierro* y del Niño Jesús, y se recita una plegaria para obtener lluvia y buenas cosechas.

Al terminar, después de haber charlado y bebido en la iglesia, los *mamaletik* salen a bailar ante la puerta.

Se organizan entonces dos grupos, cada uno de los cuales está formado por algunos *mamaletik*, un par de músicos y un *alkal*. Unos se dirigen hacia el *paluch'en* y otros hacia el *yankalalte'el*, cerros *mero kuxul* –verdaderamente vivos.

En el camino, alguien dijo: “*Takin ko'tan* –mi corazón está seco–”, y entonces se sirvió a todos un poco de trago. Hay que notar que la presencia del padre Morales

hubiera inhibido a los indios de beber, tanto en el camino como, sobre todo, en el templo. A mí ya me tenían algo de confianza, aunque todavía no me ofrecieron trago.

Llegó nuestro grupo al pie del *paluch'en*, donde se halla una cruz de madera de alrededor de un metro de alto. Según los *mamaletik*, marca el sitio designado por la *Virgen Antiko* o Antigua Virgen.

He aquí la explicación que dan al respecto. Poco después de la dotación de ejidos en 1948, los de Guaquitepec se dieron cuenta de que las tierras de este sitio eran de mala calidad. Entonces la Santísima Virgen se mostró en sueños a un *mamal* para decirle que quería que se le venerara en ese sitio. Una piedra de forma especial le indicaría el sitio exacto donde había que erigir una cruz para orar ante ella; la Virgen le prometió que, si le obedecían, les daría buenas cosechas. Dicen que, efectivamente, a partir de ese momento las cosechas han mejorado mucho.

El *kobraría* colocó frente a la cruz una imagencita de la Virgen de Guadalupe que llevaba consigo; los *mamaletik* adornaron el lugar con ramas de *taj* –ocote– y clavaron ante la cruz, en el suelo, 12 candelas que incensaron tres veces antes de encenderlas.

La flauta y el tambor comenzaron a tocar, y circularon el trago y las bebidas gaseosas.

El grupo se puso de rodillas e inició una oración semejante a la matutina; al terminarla cada uno dijo: “*Lajix ko'tantik*– ¡hemos terminado!”. Luego bailamos durante diez minutos.

En el trayecto de ida, y durante toda la ceremonia, se dispararon dos docenas de cohetes, para informar a la gente del pueblo acerca de la marcha de la ceremonia.

Solo hasta mediodía empezamos a comer los itacates que llevaban, puesto que era día de ayuno y de oración. Nos quedamos allí un buen rato esperando a que los cirios se consumieran y, al momento de iniciar el camino de vuelta, la música tocó durante diez minutos y se dispararon más cohetes. Al llegar al pueblo, nuestro grupo se dirigió a la casa del *alkal* segundo, que había ido con nosotros; el otro grupo, a la casa del *alkal* primero.

Un *mamal* nos habló de la belleza de las fiestas que se celebraban antaño, e hizo el siguiente comentario: ¡*Haxan yo'tik ma' sk'anik ya sjokinotik!* –¡Pero ahora ya no quieren acompañarnos! (se refería a los jóvenes).

Enseguida se inició la celebración del *ágape tseltal*, al terminar el cual me retiré. Por la tarde, el grupo ya no fue a la iglesia, sino que se quedaron charlando y bebiendo.

Hay que notar que antes de la llegada de los jesuitas, un sacerdote había suprimido la *mixa* porque “no estaba bien ir a orar allá, en el campo”; sin embargo, poco tiempo después los indios reinstauraron la ceremonia.

El padre Nacho permite, o más bien “tolera”, esta celebración, pues dice: “¡No se puede suprimir todo al mismo tiempo!”. Sin duda piensa que esos ritos no son plenamente ortodoxos. Con todo, hay que recordar que la liturgia de la Iglesia católica cuenta con “procesiones rogativas” que se efectúan fuera del templo y en el campo, para pedir a Dios y a los santos el buen tiempo, o que suspendan un desastre o una calamidad.

En el capítulo sobre los sacramentos católicos, vimos la escasa importancia atribuida por los tseltales a la misa católica, que contrasta mucho con el valor tan grande de su *mixa*.

Hay que recalcar también el rol de las *me'eketik* en esta liturgia: en la *mixa*, su función es mucho más importante que en las mismas fiestas tradicionales, pues toman parte especial en la recitación oficial de las oraciones. No acompañan solamente la plegaria de los hombres como en las fiestas, sino que ellas mismas recitan la suya aparte. También se reúnen en el interior de la iglesia, beben juntas y bailan, al igual que sus mandos.

Quizá eso se deba a que la ceremonia está relacionada en forma especial con el alimento cotidiano, cuya preparación corre a cuenta de ellas.

Es conveniente hacer hincapié en una cierta actitud de desprecio, de parte de catequistas y demás jóvenes, que no se dignan asistir a la fiesta.

A este propósito, me dijo una vez (en español) el enfermero tseltal (que estudió hasta 6o. de primaria): “¡Estas fiestas son cosas de viejitos!”; sin embargo, un rato después reflexionó y comentó: “¡Pero puede suceder que si los viejitos no hicieran estas ceremonias, no tendríamos quizá cosechas abundantes!”.

Esto es un ejemplo más de la doble mentalidad provocada por el choque con la cultura occidental, que estudiaremos más adelante.

APÉNDICE

1. EL RECHAZO DE LOS CARGOS

Es conveniente decir dos palabras sobre este fenómeno, que puede darnos luz acerca de la influencia de ciertos factores extraños al poblado. Según hemos visto, hay a veces personas que se rehúsan a aceptar los cargos y que reciben por ello un castigo

de parte de los *Trensipaetik*. Sin embargo, los dos casos siguientes se apartan radicalmente del código de conducta respetado generalmente.

1) En 1974 la fiesta de San Juan se acercaba, y todavía no se habían hallado candidatos a capitanes. Su celebración correspondía al ejido, donde todos se negaron a tomar el cargo, pretextando las malas cosechas. Otros ofrecían como excusa algo inaudito hasta entonces: “Si las cosechas no habían sido buenas el año anterior ¿para qué dar las gracias al santo? ¡No merecía la fiesta!”.

Las amenazas de los *trensipaetik* de castigar con multas o con cárcel a los reuñentes no lograron nada; tampoco el miedo a un castigo de los *lab* –alma-animal– de las autoridades. No tuvo fuerza el temor a un castigo del santo, a quien no pensaban honrar como era debido.

Para el pueblo de Guaquitepec era impensable que no se celebrara al santo patrono. ¡El poblado sería víctima de su justa ira! Los *trensipaetik* decidieron dar comienzo a la primera parte de la fiesta, que correspondía a los capitanes salientes; los *alkaetik*, por su parte, continuaron buscando candidatos, pero sin resultados. Se suprimió, por consiguiente, el rito de entrada de los nuevos capitanes, con gran consternación de la comunidad entera.

Por fin, un mes después, poco antes de la fiesta de Santa Ana, el 26 de julio, se halló a quienes querían servir a San Juan como capitanes y que iniciaron su cargo a una con los de la santa. Hubo así ocho nuevos capitanes en esta fiesta y todo el mundo descansó: ¡el peligro de incurrir en el enojo de San Juan quedaba conjurado!

2) El segundo caso fue todavía más grave: en 1975, pocos días antes de la fiesta de Santa Ana, se supo que el capitán primero se negaba absolutamente a hacer la fiesta, pretextando que, habiendo sido herido en un pleito, había agotado su dinero en curaciones; el capitán segundo no quería tampoco colaborar; los capitanes menores no se oponían a la celebración, pero esta no podía efectuarse únicamente con ellos dos. Después de haber deliberado mucho, los *trensipaetik* decidieron que el poblado contribuiría, con dinero o con semillas, y que los cuatro *alkaetik* suplirían a los capitanes. De estos, al primero y al segundo, los verdaderos culpables, se les impondría una multa de 200 pesos para contribuir a los gastos.

La fiesta resultó un poco menos solemne, puesto que no empezó sino el día 25, en vez del 22, y se suprimieron los *máitines*; solo hubo un desayuno el 26, no el 25; el platillo tradicional de carne de puerco se sustituyó por carne de pavo, animal más fácil de hallar. La ceremonia tuvo lugar en casa del *kobraría*.

Durante varias semanas la angustia y la ansiedad habían sido generales: ¡Santa Ana no concedería su protección al poblado! Este era el único tema de conversación sobre todo entre los viejos pero, felizmente, se pudo hallar una solución. Es cierto que la fiesta había resultado más corta, pero esto no era de tanta importancia, ya que los del poblado habían hecho lo imposible por cumplir con su deber; el castigo no recaería pues sobre la comunidad, sino únicamente sobre los dos capitanes culpables.

Al fin del capítulo siguiente analizaremos la causa de este fenómeno de rechazo de los cargos.

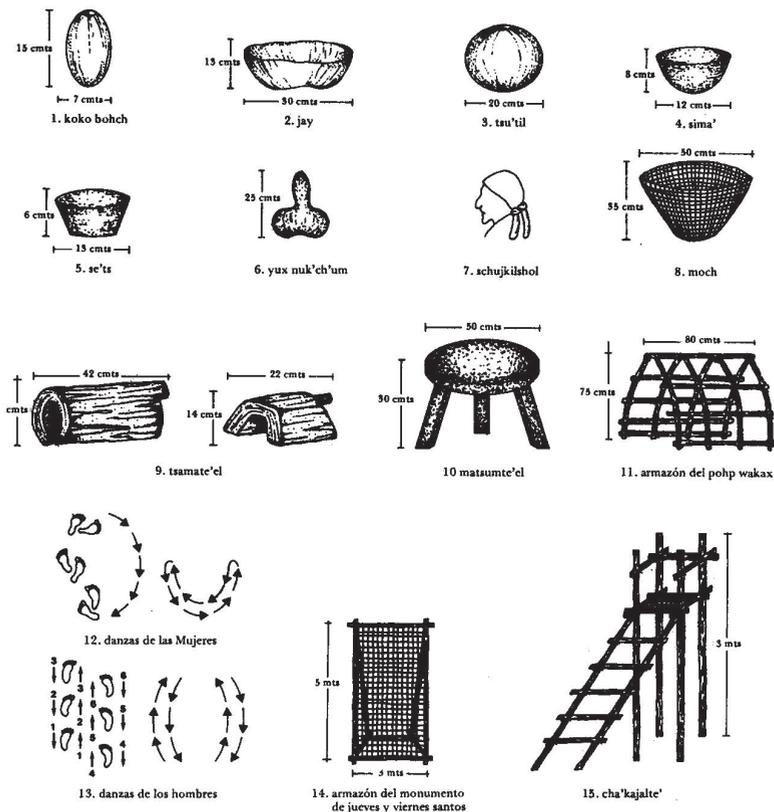


Lámina XIV

Enseres